

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo L

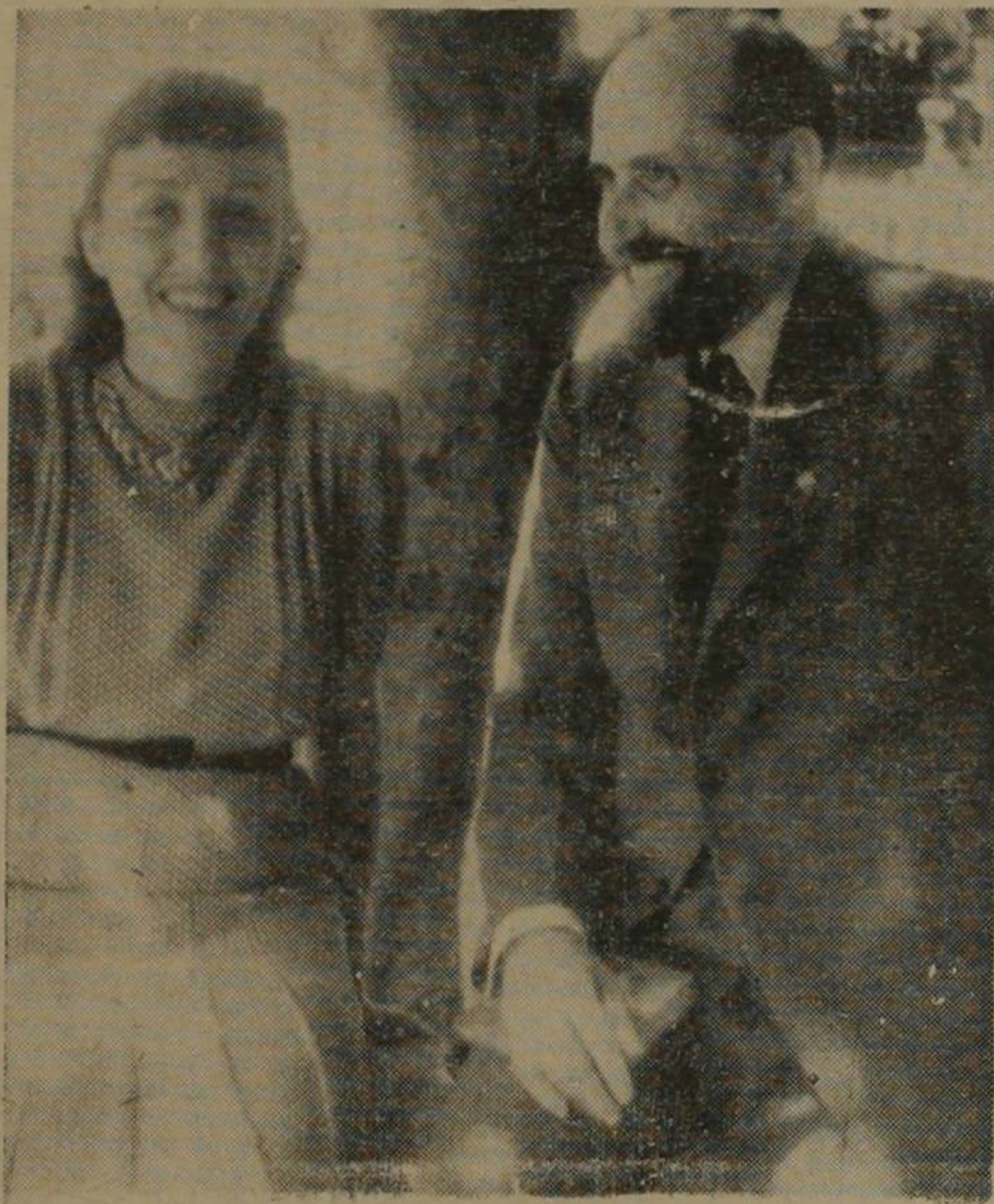
San José, Costa Rica

1958

Marzo

Nº 3

Año 36 — Nº 1183



Berta Singerman junto a Juan Ramón Jiménez

¡Adiós Juan Ramón...!

Por Berta SINGERMAN

(De Sucesos Bogotá, D. E., Junio de 1958).

¡Hay, qué relumbres y olores!

¡Hay, cómo rien los prados!

¡Hay, qué alboradas se oyen!

Esta era la poesía —divina pero humana— de Juan Ramón Jiménez, cuya muerte ha enlutado al mundo.

«Habrà un paraíso de los pájaros? Habrà un vergel verde sobre el cielo azul, todo en flor de rosales, áureos con almas de pájaros blancos, rosas, celestes, amarillos?» preguntaba Juan Ramón Jiménez a Platero, el inefable burrito de Moguer. Es en aquel paraíso donde está ahora su alma.

* *

Tuvimos —mi esposo y yo— el privilegio de ser algunos de los pocos amigos del inaccesible, del huidizo, del silencioso, del suave Juan Ramón. Ese hombre que no pertenecía a este mundo, que tenía su propio universo de intocada belleza, sólo se asomaba al mundo de la mano de Zenobia, su amante compañera, esa esposa que era casi el único lazo que lo unía con lo tangible. Porque Juan Ramón había hecho de su buen gusto y de su exigencia una torre inexpugnable.

Juan Ramón fué para mí algo más que una amistad literaria. Mi admiración por su obra parece que hallaba en él una reciprocidad que me encantaba. El me intro-

dujo al conocimiento de muchas cosas grandes en el arte y en la vida, empezando por su propia obra, que guardo en mi lejana casa, manuscrita por él con las más delicadas dedicatorias (A Berta ingrata Singerman... A Berta admirable Singerman etc... según el caso). Por él conocí al gran pianista austriaco Shanbel, pues, Juan Ramón amaba el piano como detestaba el violín. Era tal su aversión por el sonido de este instrumento que él llamaba «gato encerrado en una caja de madera», que por muchos días fue para mí también realmente insoponible su sonido, así lo pulsara Menuhim. Y hasta temo que, así como en mi mente estuvo por mucho tiempo grabada esta obsesión, llegue alguno de mis lectores a sentirla algún día, por simple contagio sicológico.

* *

Juan Ramón, ya lo he dicho, era un hombre intrasigente en materia de gustos. Era un esteta caprichoso como que detestaba el violín, como que una vez hizo retirar de un avión en que volaba todo cuanto fuera amarillo, como que casi moría con cualquier estridencia. Pero, eso sí, no proviniera ella de un niño. Cuando nos encontramos una vez en Buenos Aires me dijo: «Berta, he cambiado mucho. Durante el viaje en barco, a pesar del continuo barullo de unos chicos, he podido escribir versos. Ya no me molesta el ruido!» No era así. Era que amaba a los niños, y no hallaba en ellos ninguna estridencia que no hiciera parte de la armonía natural que él les suponía. Así como amaba a los animales y no podía soportar crueldad con ellos. En Madrid solíamos ser visitados mi esposo y yo con frecuencia por el poeta. Muchas veces al regresar de la calle lo encontrábamos echado en el suelo, jugando con nuestra niña, que en ese entonces tenía dos años. En la época en que los grillos están en celo, en Madrid se venden jaulitas con grillos. Trudy Araquistain, la esposa de Luis Araquistain, le había regalado a mi pequeña Myriam una jaulita. Cuando llegó Juan Ramón y vió aquello, no pudo contener un gesto de desagrado, pero no dijo una palabra. Cuando, al rato de haberse despedido vimos las jaulitas vacías, comprendimos que en un momento en que nos descuidamos había libertado los grillos. Y qué noche pasamos con el chillido de los insectos por toda la calle! Ya no era «música vana como la vana música del grillo». Era la venganza infernal de Juan Ramón, que por la mañana nos llamó por teléfono para amonestarnos:

—Cómo pueden ser tan crueles de admitir que se guarden grillos en celo en una jaula?

* *

Después de la guerra civil Juan Ramón y Zenobia viajaron a Cuba. Vivían encantados, y el poeta se aterraba con la exuberancia del trópico. El hombre europeo que encontraba floreciendo la vida por todas partes, monstruosamente, no encontraba palabras para decirnos su maravilla. Pero pronto se marchó de la Habana. Y saben ustedes por qué? Porque le molestaba un aviso, el

nombre de una fábrica de camisas. Sucede que esta pequeña industria se instaló en el local de una antigua librería. Y Juan Ramón siempre que pasaba por ahí veía el aviso, que los fabricantes de camisas no se habían molestado en quitar. Juan Ramón sufría amargamente con eso. La librería —ahora camisería— se llamaba «La Poesía Moderna»!

*
* *

En el Teatro Comedia, Juan Ramón asistía a todos mis recitales en Madrid. Pero nunca tomaba asiento entre el público. Se venía al escenario, y me parece oír sus pasos silenciosos, respetuosos recorriendo el tablado detrás de los telones mientras me escuchaba.

*
* *

De una juventud enfermiza le quedó a Juan Ramón el complejo —o el gusto— de creerse enfermo. Siempre estaba a su lado un facultativo, y él apenas podía estar feliz donde hubiera quien lo atendiera. Y sólo estimaba a aquellos médicos que le llevaban la idea. El secreto de

su estada en Puerto Rico es que al lado de su residencia había muchos médicos (era un hospital) que lo atendían como él quería. Y Zenobia, que lo cuidaba siempre como a un niño, sin embargo murió un año antes. Esta fue, realmente, la verdadera enfermedad de Juan Ramón. Sin Zenobia, él sí amaba al mundo pero no podía vivir en él. De eso murió. Juan Ramón murió de amor!

*
* *

Y cómo podría olvidar su inolvidable despedida! Creo que el único retrato pintado por él fue el que, cuando salió a la estación del tren a despedirnos, dibujó en rápidos y misteriosos trazos (como su letra que no entendían los carteros porque era demasiado bella en su inexplicable elocuencia). Yo estaba en la ventanilla, con un ramo de rosas que él me había ofrecido. El dibujo lo hizo en negro y rojo y me lo obsequió inmediatamente. En lugar de firma, abajo decía: «Adiós, Berta».

Por eso he llorado al saber su muerte. Y solo ahora puedo contestarle: Adiós, Juan Ramón!

(Envío de la autora)

REFLEXIONES SOBRE LA MUERTE

(En Rep. Amer.)

A la nobilísima dama doña Anita Gené de Vargas Coto, madre y amiga ejemplar, con el mayor respeto,

A. Aguilar Machado

"Lo más bello y más grande de la experimentación es la comunicación con el mundo superior; y ésta no la logra el más sabio sino el más digno, el mejor, el que tiene más paciencia, más conciencia, más moralidad." DENIS

En la perspectiva vital de nuestro ser, ningún problema reviste mayor trascendencia ni inquieta tanto como el de la muerte. Sorprende pensar que siendo ello así, el mayor esfuerzo de las tendencias filosóficas de todos los tiempos, hase encaminado a la interpretación de los diversos ritmos de la vida. Esta actitud se adapta, sin duda, a las aspiraciones del nivel común del género humano, que corresponden, por el efecto mismo de sus instintivas reacciones al estado de la niñez o, en el mejor de los casos, a la dimensión dentro de la cual se desenvuelven los procesos de la adolescencia.

Sabemos todos que las etapas juveniles de nuestro vivir, aparecen cargadas de múltiples impulsos optimistas o de una visible euforia, condiciones que nos llevan a separar de nuestra más íntima naturaleza, cuanto tenga contornos negativos. Ello explica la firmeza con que las generaciones mozas pretenden imponer todos sus proyectos. Tendencia, por lo demás, necesaria en la dinámica del proceso histórico para compensar ciertos desajustes inevitables en una dimensión en que, como acontece con la vida, lo sorpresivo y lo imprevisible, llevan ventajas ante aquellos factores de mero carácter racional.

La prueba de la muerte es, sin duda, la más dramática y sugerente que pueda afrontar el hombre. Jamás logrará borrarse de nuestros recuerdos, el de aquel momento en que vimos de niños, apagarse la vida del pajarito cuyos arpegios melódicos halagaron nuestros oídos ni el del instante en que cayó muerto a nuestros pies el perro noble que vino a compartir con nosotros, sin regateos ni mezquinas conveniencias, muchas horas de alegría. Pero, cuando la muerte nos ofrece la más trágica de las experiencias, arrebatándonos a un ser querido, el familiar cercano o el amigo entrañable, las reflexiones acuden presurosas al espíritu conturbado, y por su medio, del ser superficial que hasta ahí fuéramos, comienza a surgir, como el rayo luminoso entre las tinieblas, un nuevo ser más profundo y de angustia. Este es el momento creador en el que, con la madurez psicológica, adviene

en el destino nuestro la espontánea aptitud metafísica, que nos exige responder a aquellas inquietantes preguntas, que hasta ese momento dormían en los pliegues del alma: ¿de dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos?

Toffanin piensa que Erasmo de Rotterdam, es el evangelista europeo del humanismo. Conviene no olvidar las palabras con que el gran divulgador de Petrarca y de Valla, reafirma el clásico concepto de «humanitas», cuando el calor de la polémica y los mismos avances de la cultura, iniciaban el proceso de desintegración de no pocas categorías clásicas del pensamiento.

Erasmo declara: «Yo soy filósofo a la manera de aquel Sócrates ateniense, que llevó la filosofía de la contemplación de las cosas naturales al centro de la vida de los hombres». Y en carta que dirige al Arzobispo de Palermo, el humanista mencionado, agrega: «Sin embargo, apenas un hombre sabio se da cuenta de que toda la vida del hombre se iba en tales estudios (se refiere a los naturales) de aquello que más íntimamente nos pertenece, se retrajo de la contemplación de las cosas naturales a la contemplación de la muerte». He aquí cómo este problema del fin de nuestra existencia acució a los humanistas, quienes no lejos del ocaso del Renacimiento, batallaron todavía por elevar el pendón de la «docta pietas», amenazada ya por las urgencias prácticas de la vida.

El Cusano y muchos de los que se preparaban con los Hermanos de la vida común, aceptaron el culto de los primeros sabios, «como luces clarísimas y castísimas portadoras de la efigie del mundo espiritual e incorruptible». En esta forma pretendíase mantener la unidad del logos, admirable consorcio de razón y de virtud con el que, como ánora de salvación, la antigüedad pagana, pasó sin rozar apenas, cerca de las sirtes de la ignorancia y del escepticismo.

En todas las épocas y en las fases todas de la marcha histórica, el tremendo espectáculo de la muerte, el más desconcertante de cuantos nos es dable contemplar, abre campo a las más contradictorias teorías.

La encrucijada en que nos coloca el único problema que no podemos eludir, el que afecta por igual a grandes y chicos, a poderosos y desvalidos; el que motiva esa paradoja descarnada y a veces agresiva, de querer ser, pero con la apetencia de eternidad, a que se refería Unamuno, y saber, no obstante, que algún día debemos morir, aquel problema, justifica la presencia de las religiones, y el alimento espiritual con que ellas están solícitas a calmar el hambre de vida eterna en el mísero peregrino de la selva

ACADEMIA DE MATEMATICA

dirigida por

RAFAEL ANGEL LLUBERE

PROFESOR DE ESTADO

Especialidad en la enseñanza moderna del Algebra, Geometría,
Trigonometría, Algebra Superior y Cálculo Infinitesimal.

Barrio Aranjuez

Teléfono 3963

Dr. E. García Carrillo

Especialista en enfermedades

CARDIO - VASCULARES

(Registro del Colegio de Médicos)

METABOLISMO BASAL

VÁRICES

175 vs. al Sur de la Plaza de Artillería

oscura del mundo. Por desconocer esas realidades, se han puesto al margen de la vida aquellos sistemas sociales que proscriben las religiones en el área de la sociedad, y faltan a las leyes de esa misma vida, los gobernantes que destruyen los templos o cierran los santuarios. Ninguna de esas medidas artificiales e ilógicas logrará jamás acallar la apetencia de eternidad ni el anhelo de infinito, que brota como undosa corriente vital, desde las entrañas mismas de nuestra naturaleza.

Robespierre y Stalin, pugnaron por alterar en los pueblos que hubieron de soportar su inmisericorde absolutismo, el concepto del misterioso más allá, con categorías de orden racionalista y material; pero, pasado el estupor que semejante transformación trajo consigo, el hombre mismo, hubo de cargar de esencias irracionales los nuevos símbolos adoptados por los regímenes regresivos. Y sobre la diosa razón o sobre la hoz y el martillo, se insufló un soplo de eternidad! Con esto queda explicado que nadie, por autoritario o potente que sea, puede ahogar los impulsos espirituales del ser; apenas si alcanza a trocar un ritmo místico positivo por uno menos positivo o negativo del todo. El caso de Rusia es un ejemplo innegable de tal fenómeno colectivo. Bien supo Petrarca interpretar la angustia que gravita sobre toda la humanidad en aquella canción recogida en el lenguaje poético suyo: *«Mirad, Señor, cómo el tiempo vuela y cómo la vida huye; la muerte está sobre las espaldas»*. Las primeras impresiones que casi todos recibimos al penetrar en la alcoba donde se guardan nuestros más caros recuerdos, nos las proporcionan los retratos de nuestros amados antepasados o la colección que forman los que tomamos en épocas ya lejanas de nuestra vida. Unos y otros son testimonios mudos, pero efectivos del proceso inexorable de la muerte.

Los primeros, porque los seres que representan dejaron ha tiempo de existir; los otros, por cuanto aquellas fotografías de los años pretéritos al no corresponder a nuestra presente realidad, sólo exponen épocas que fueron, es decir, muertas ya, convertidas en adusto pasado en el incesante correr de la vida.

Nuestra vida, pues, hasta en el refugio de la propia intimidad, está rodeada por la muerte. Desconcertante es ese hecho, salvo que se piense en la muerte que es vida, según el elevado concepto del Obispo de Hipona.

En la naturaleza misma, al lado del germen que brota, henchido de poderes creadores, está el fruto que se madura, se pudre y desintegra, cumplido que sea su destino singular.

¡Vida y Muerte! Movimiento que no se interrumpe; rueda que incesantemente gira, hoy mostrando el lado que apunta hacia las auroras y mañana el que conduce a los ocasos.

Y en medio de posiciones tan contrarias, en el punto en donde el cambio debe producirse, el brotar de nuevas estructuras, tal como si aquí mismo, en esta renovada morfología de la existencia, se encontrase el lenguaje misterioso del espíritu.

La contextura material nuestra, el círculo de afectos que nos rodea y los intereses que se van adquiriendo a medida que intensificamos la acción en el mundo, todo ello nos vincula tan hondamente al momento histórico en el cual cumplimos un destino temporal, que la muerte sobreviene como si fuese la más flagrante violación de las leyes naturales. Pero, ¿acaso no

nacimos para morir, y quizá para renacer después? Esto, mejor que nosotros, lo comprenden los pueblos orientales, lo que explica que para ellos el proceso de la muerte cobre acentos de ternura y de resignación, que suelen ser apenas excepcionales entre las gentes de occidente. ¿Será que en aquella legendaria zona del mundo, lo agresivo y peligroso de la naturaleza geográfica habitúa al morador a contemplar el espectáculo de la muerte como cosa natural y corriente, o será que las religiones tradicionales de esos pueblos les llevan, con más facilidad que lo puede hacer nuestra peculiar cultura, a mirar como suceso natural, espontáneo, propio de las leyes comunes de la vida, el problema pavoroso para nosotros de la muerte?

Pensamos que allá en Oriente, las dos circunstancias señaladas parecen conjugarse y dar de sí una mentalidad más comprensiva o más resignada en presencia del último paso de nuestra vida temporal, el de *no ser* que, como lo piensa Heidegger, sirve para acabalar el ser. Trátase de la experiencia final en este plano físico, de la última experiencia que, por serlo, está rodeada de inusitada majestad y de dramatismo incomparable. Es evidente que el problema de la muerte debe ser afrontado en función del problema de la vida. Ambos forman una unidad indestructible, y se integran mutuamente, abriendo el primero un destino en el ámbito de la temporalidad y cerrándolo, el otro.

Nicolás Berdiaev piensa que toda la problemática filosófica debe organizarse desde el hombre; y tal problemática, agregamos, ha de tener un punto de iniciación y otro final, para señalar así en el mundo, los límites propios de semejante proceso evolutivo. Si las modernas corrientes filosóficas han conseguido depurar muchos conceptos sobre la vida, al concentrar el análisis en el hombre y sus circunstancias, el problema de la muerte, que tan radicales cambios significa para la misma vida, ocasionando, además, perturbaciones en cuantos directa o indirectamente sufren sus consecuencias, debe ser estudiado con valor, con entereza, a la luz de un análogo enfoque.

Al extender nuestras miradas por los vestigios de las pretéritas culturas y cuando contemplamos los restos, convertidos en verdaderas momias de los santos o de los pontífices, un torrente de reflexiones va surgiendo desde el más reservado refugio del alma. Si lo contemplado forma parte del mismo estilo de vida a que pertenecemos, si conmueve con su presencia alguna de las fibras del alma, sin duda ello da lugar a que experimentemos una indescriptible emoción. Pero, si tratándose de casos como el de la momia de los faraones, lo observado está muy lejos de nuestras formas de pensamiento o de nuestra realidad vital de ahora, aquellos restos apenas suscitan un afán de mera curiosidad, incapaz de llevarnos siquiera a las reflexiones de Hamlet. ¿Por qué el contacto respetuoso, sugerente, de acento hondamente emotivo, va perdiéndose ante los despojos humanos, a medida que el tiempo y la distancia histórica nos separan de ellos? Aquí se podría encontrar un síntoma que pone en evidencia la subconsciente noción que abrigamos de lo fugaz de cuanto apenas sea materia, así corresponda ésta a la envoltura física humana, el Templo del Espíritu Santo para el Apóstol de los gentiles. Dijérase que cuando la estructura de ese templo, se ha convertido en objeto de la etnografía o del museo, no

sentimos allí la presencia de lo trascendental ni de lo eterno, no obstante que el ejemplar que se analiza jamás podría compararse con el friso medio derruido o la columna dislocada por la acción del tiempo.

Aquellos restos humanos, momia de Ramsés o de Montalvo, esqueleto del conquistador Pizarro o de San Carlos Borromeo, hubieron de ser en la época de la vida terrenal de las personalidades mencionadas, el centro de muchos afectos o de múltiples odios u oposiciones, en fin, la parte material, tangible, de un auténtico y singular ente vital, núcleo coordinador de las innumerables acciones y reacciones con las cuales fórmasse el tejido maravilloso que, como un peplo inigualable, cubre la existencia y el destino temporal de cada ser humano.

Cogitatio mortis, pensamiento de la muerte, esto es para Petrarca la Filosofía. Hasta el presente hemos hecho la filosofía de la vida, y seguimos soslayando la de la muerte, que debe complementar a aquélla. Sólo en la integración de ambas, se alcanzará una noción cabal del ser; de nuestra más entrañable naturaleza. Y en el conocimiento de esa misma integración no

fuera extraordinario encontrar la armonía que tanto se echa de menos hoy, entre las clásicas filosofías del ser y las contemporáneas del existir.

Conviene no olvidar que el triunfo del cristianismo y su total consolidación, hubo de acontecer cuando el Maestro, después de su muerte en el Calvario, apareció en las diversas oportunidades, que se indican en la Primera Epístola de Pablo a los Corintios. Esa gloriosa resurrección fue la que derribó los muros del soberbio Imperio Romano; y alentó a los cristianos hasta ofrendar en holocausto su vida, sin una queja siquiera y con celestes resplandores en las miradas. Esa resurrección elevó el canto de la vida sobre el cuadro sombrío de la muerte, y convirtió un simple instrumento de tortura y expiación como la Cruz, en el más noble símbolo de esperanza. Por ello pudo Pablo lanzar esta frase afirmativa: «*Soberbia es la muerte con victoria.*» Y para adelantar más en la marcha de los tiempos, y ya acercándonos a nuestros propios ritmos de cultura, bien podemos acogernos al criterio de Montaigne, quien de acuerdo con Cicerón ha dicho: «*Filosofar es aprender a morir.*»

San José de Costa Rica, 11 Mayo 1958.

Estimado don Joaquín:

El venerable catalán de Cuba, don José Conangla y Fontanilles, en carta que hace días me escribió, me dice para V. lo que sigue: «En esa gloriosa revista de don Joaquín, García Monge ha venido ejerciendo de maestro y apóstol venerable a servicio de las más puras doctrinas morales, políticas y religiosas del genuino humanismo liberal y democrático. Ojalá, entre los diversos patriotismos i partidarios de todos los pueblos, se pudiera expandir orientaciones y enseñanzas parecidas, de respetuosa tolerancia como las predicadas y ejercidas siempre por García Monge». Ya puede pensar lo que me agrada hacerle conocer los conceptos expresados por nuestro común amigo Conangla y Fontanilles. Por cierto que espero que, ya en el número próximo de *Repertorio* podrá salir el comentario que le dedico a su último libro.

Con el aprecio y la admiración de su amigo

Lorenzo VIVES

Los otros sentidos

(En *Rep. Amer.*)

Con este epígrafe, el magnífico catalán J. Conangla Fontanilles, que tanto ha hecho para enaltecer todos los valores de la cultura catalana, desde las tierras cubanas, viene de regalarnos otro libro, lleno de óptima intención, modelo del buen escribir y reflejo de un alma sencilla que quiere hallar en los demás la ratificación de su estado de ánimo ante el misterio de la vida y de la muerte.

Con base en el precioso *Canto Espiritual*, de Maragall, recoge de él su parte más sustantiva, para apoyarse

en ella y sacar luz para sus noches de duda. Porque no cabe pensar que ella deje de asomarse en el espíritu puro del autor de *Los otros sentidos*. Se afana en buscar autoridad en aquella afirmación del *Canto* que dice: *con qué sentidos otros podré ver, el cielo azul, dosel de las montañas* . . . Aquí, nuestro Maragall quería indicar que aquí, en esta tierra tan bella, ante la presencia del Mediterráneo, con su cielo y sus montañas, no necesita otros sentidos que los corporales; pero precisamente decía esto, porque

sabía que en el hombre —y no en tal o cual tipo, sino en el hombre— hay, además de los sentidos de la fe del carbonero, otros, poco conocidos, que permiten conocer extrañamente lo que está fuera de la percepción corriente. Y, como que nuestro excelso escritor, lo ha notado en él, busca entre los que se han preocupado por lo del espíritu, para ver si ellos afirman o no la presencia de esta superconciencia que nos asombra, pocas veces. Y, amigo Conangla Fontanilles, ¿por qué buscar en los demás? Diga como Unamuno, al ver que los demás estaban muy lejos de él: «Canta, alma mía, canta.» ¿Qué nos ha de importar lo que los otros puedan decir de lo incognoscible? Es que acaso el conocimiento es absoluto? ¿Qué sabio puede abarcar la totalidad de la visión global de las cosas? ¿No sabemos que de ellas sólo lo aparente descubrimos? ¿Cómo inquietarnos del parecer ajeno? «Canta, alma mía, canta y deja que los demás opinen, que nada me importan sus opiniones».

Vea lo que nos hace conocer el Ing. Carlos Millás, Director del Observatorio Nacional Cubano, acerca de Einstein. No quería saber lo que pensaban los otros: se agarraba a lo que él pensaba. Y así usted, amigo mío. Que el pensar suyo, por recto y honesto, sí que me ilusiona, y hasta me ilumina . . . Hombres cómo usted son

STECHERT-HAFNER, Inc.

Books and Periodicals
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.

Con esta Agencia puede Ud.
conseguir una suscripción al

Repertorio Americano

metas deseables. No quiera ser dardo, sino meta.

Es emocionante su veneración por Maragall, el mejor poeta lírico hispano de su tiempo y de fuera de su tiempo. Qué maestría en el decir; qué serenidad en el concebir; qué honradez en el vivir y que subjetividad en el apreciar. Todo su canto es un himno a la sed de continuidad en el seno de la plenitud total. ¿Cómo podían ser iguales el poeta de la estepa gris, perennemente gris, y el del Mediterráneo, eternamente azul y prometedor? La

angustia del primero es hijo del medio, como lo es la serenidad del segundo. Pero, qué hermosa la figura maragalliana acerca del rector de Salamanca: a pesar de la aridez castellana, allá estaba de pie el último héroe de aquel honor descarnado de don Quijote...

Adelante, amigo mío, y, deje que su alma cante, como lo hace el pájaro, sin importarle el graznido del cuervo.

Lorenzo VIVES

Marzo de 1958.

BORRONES DE BUENOS AIRES

"LA CARROZZA DI TUTTI"

Por Alejandro MAGRASSI

(Para Repertorio Americano)

Viajar hoy en tranvía, ómnibus o «colectivo» en Buenos Aires, esto es, en la «carrozza di tutti» o coche particular de todos, como dijo hace muchos años el escritor italiano Edmundo D'Amicis, que como la condesa de Pardo Bazán, vieron solamente en los primeros tiempos del primero de esos vehículos su lado pintoresco, es exponerse a un sin fin de incomodidades, que en los ómnibus chicos o «colectivos», empiezan cuando el chófer, que es a la vez guarda con incomodidad manifiesta, malos modos y a veces con el cigarrillo en la boca, obliga al pasajero a hacer «cola», después de haber hecho una ya larga y molesta para tomarlo, y terminan en el momento de bajarse, por una peligrosa y bamboleana escalera, casi siempre «de contramano», es decir, en lugar de apearse sobre la vereda por una ridícula disposición reglamentaria en mitad de la calle con riesgo de morir atropellado por alguno de esos automóviles que «corren» a los otros coches como para ganarles.

En coches atestados y de pie se viaja la mayor parte del día en Buenos Aires, empujados por una ola furiosa de gentes apuradas, apretujados por mujeres y hombres, manoseados por todos.

Llena la ciudad de «cabecitas negras», como llama el porteño graciosamente a los que vienen de las provincias norteañas o del litoral, que nunca viajaron en ómnibus y tranvías en sus plácidos pueblos natales y de los cuales desgraciadamente algunos son guardas o conductores de vehícu-

los, invadido el «centro» —especialmente en el verano— por una turba con olor a salvajina, sin sombrero y en camisa, de muchachones insolentes e irrespetuosos, no hay ninguna consigna que se respete, medida de orden, seguridad o higiene que se acate ni humanidad que llegue íntegra y con todos los botones del saco a su destino, sobre todo si tiene la desgracia de viajar al lado de algún gordo, mujeres con chicos o una señora que lleve en su bolso de mano las agujas de tejer.

Las esperas prolongadas a que se somete al que va a viajar en ómnibus, lo ponen sin duda malhumorado, a otros los abomba el ruido del motor o el olor de la nafta que con los que comen manzanas, semillas de mirasol o mastican «chicles» en la cara de los demás, los que viajan «recostados» sobre los otros, los maridos celosos que protegen con su cuerpo a la mujer, estorbando y molestando a los demás, constituyen una fauna porteña que está entre el hombre, la mujer y la bestia.

Esta situación anormal del transporte, ha dado lugar a la proliferación del «guarango del ómnibus», que es el que entra atropellando y usurpando el lugar o el asiento a los demás, el que fuma en el interior del coche, muchas veces con la anuencia temerosa del chófer; al que si está sentado ocupa más de la mitad del asiento, obligando a su compañero de banco a ir encogido e incómodo, y el que si ve en el vehículo alguna mujer joven y linda hace todo lo posible por

Una suscripción al REP. AMERICANO la consigue Ud. con

Matilde Martínez Márquez

LIBROS Y REVISTAS

Avenida Los Aliados N.º. 60

Apartado N.º 2007 - Teléfono FO-2539

La Habana, Cuba

MI LIBRO DE COSTURA

Por

Celia Carrillo de García Monge

30 años de práctica en la costura.

250 páginas de texto y numerosos dibujos.

El tomo empastado: ₡ 25.00

Para el exterior: \$ 5 (Dóls.)

Tel.: 3 7 5 4

Correos: Letra X

San José de Costa Rica

ir pegado junto a su cuerpo, en el pasillo.

Enemigos del que viaja en un ómnibus o «colectivo», suelen ser los comisionistas que llevan en sus manos un portafolios, y que no tienen otro sitio donde colocarlo estando el vehículo lleno, que sobre la cara o el hombro de su vecino de martirio, y los que leen el diario en el pasillo del coche.

A estos se junta a veces, el mismo chófer, que añorando las tertulias del café de su barrio, siempre tiene a algún amigo a su lado para conversar, mientras maneja y fuma, con riesgo de matar en un choque a todos los pasajeros que lleva; y los «carteristas» que en los vehículos atestados, roban al desprevenido, sin que el conductor, que muchas veces alcanza a verlos en su faena por el espejo que lleva al frente, se anime a decirles nada.

Pero como nuestra misión en este libro no es la de simple crítica, sino más bien moralizante, señalaremos el triste y repugnante caso del que fuma en un ómnibus, «colectivo» o tranvía, muchas veces frente al cartel que dice: «Prohibido fumar» y con el disgusto de todos, mujeres y hombres.

Señalaremos también a la pareja que viaja abrazada en el ómnibus, en posición tan indecorosa, como si estuviera en su alcoba en el tranvía, y re-

costado uno en otro en el «colectivo»; mujeres y hombres que muchas veces son novios, otras recién casados y en otras ocasiones constituyen algunas de esas personas, al margen del delito y de la moral, que no tienen por qué mostrar a las demás mujeres y a los niños, (y no digo de los hombres, pues ellos los tratan de «envidiosos») que van en el tranvía, sus lacras morales.

Los que hablan a gritos en el tranvía son comunes, como también los que discuten sobre foot-ball, carreras y política; cosas que aunque ellos no lo crean, no gustan enteramente a todos; y que tratándose de carreras de caballos, aunque están autorizadas y no habrá casi ninguna persona en la

ciudad que no haya jugado alguna vez en su vida, en nuestro ambiente y en la clase pobre y media, quizás por los resultados desastrosos que trae su práctica continuada y contumaz en los hogares, no es bien vista.

Una sociedad ordenada, inteligente y moderna, se demuestra en sus actos más mínimos siempre como tal y especialmente en su conducta callejera o en relación con los demás, pues ya se ha dicho «que el derecho de cada uno empieza donde termina el del prójimo más cercano y especialmente del que comparte un lugar en un vehículo, en una casa y en el hogar».

El desplazamiento incómodo de muchedumbres de la casa al empleo y de la oficina o la fábrica a su domicilio,

en tranvías lerdos, ómnibus atestados y «colectivos» incómodos, —ya que son pocos los que tienen automóvil o pueden pagarse un «taxímetro» todos los días—, da lugar casi todos los días y en las horas de mayor tránsito a una especie de neurastenia colectiva, agravada por los bocinazos de los autos, gritos de los conductores y mil ruidos, (ahora por suerte, ya casi desterrados), que convierten a la gente de nuestra ciudad en inculta, mal educada, y (el autor se incluye entre ellos), que es así no por causa de ellas, sino por las deficiencias del transporte urbano que absorbe entre esperas y viajes, como están ahora las cosas, más que las horas que dedica al descanso . . .

HOGAR

Por G. Humberto MATA
(En Rep. Americano)

I

SÍNTESIS DE AMOR

*Río, Viento, eucaliptos . . .
en todo*

Tú,

Hijo mío!

*Cielo, Corazón, Paisaje . . .
qué linda sale la Aurora
de tu Garganta,*

Hija mía!

*Tierra, Raíz de Simiente,
Luz abierta al Horizonte . . .*

Mujer:

¿sientes latir a los hijos?

*Arado, cumbre para refugios,
pulso amparando el Cariño . . .
cómo se siente vivir!*

Madre:

*onda de Infinito
mullida a Beso en el Alma,
Tú amaneces en los párpados
y mediodías las palabras
de emoción . . .*

¿Sabes en dónde está Dios?

II

CONOCIMIENTO

Hijos:

*Vendaval de mi sangre amaneciendo nombres,
a sustentar la Vida en nombre de Mi Nombre.*

*Cifra de Encantamiento ante las cosas,
el Mundo daba a luz para nosotros
el brillo de metales, la gama de colores, el nervio del
Sonido*

*y nuestro Corazón fue fuente: fundamental, confiada
de suma Creación y Canto edificando
la instauración de la Palabra Nuestra.*

—A—

*Con corazón descubridor inauguramos signos
de Alma Maravillada en eje y equilibrio, unánime y
vital*

*En sopto de los labios genéticos de rumbos
estabilizamos el Sueño, el Ser y los Pronombres*

*transfigurando toda la Propiedad y el Sol
nutrido en el Sistema de Nuestro Pulso en Júbilo.
Distinta plasmación le dimos al Aliento.
inventándonos Paso, el Horizonte y Meta en nuestras
sienes únicas de primordiales vínculos.*

*Pequeñas vidas mías a magnificar destinos
en iris de una Lágrima y aliento de Suspiro:
el Polen se hizo azahares del Arbol tembloroso
que el duelo de un instante creciera siglo ciego
y el gozo de los años no más pompa y Minuto.
. . . Gracia de unismismos en cinco corazones.
. . . Angustia e inquietudes, no respirar siquiera
conteniendo los ojos al Aire y a la Noche
a tutelar la llama de vidas que nacimos:
por ellas fui y me siento presente sin comienzo
. . . pues nada de Mi Hacer me colma y me confía.*

—B—

*Hoy día es el Recuerdo la vida que me queda . . .
En croquis de mis ojos ya hay más Obscuridad . . .
(aunque no se ilusione con vívido Cenit)
Mis manos que apartaban las nubes hoy acunan
brisando Cardinales, mullendo el Mediodía.
Se aquietan los orgullos en huracán que es salve:
es que ya vivo en otros un mundo que es más mío
porque es Mi Creación*

—C—

*En Vientre de la Tierra mi Madre me amanece
Memoria de Infinito, Custodia de Simiente
en su Tiniebla-Luz: Génesis de mi Ser
y Pulso de mi Nada.
Mi Amor omnipresente la Tierra eleva en lenguas
para absorber la Luz que en el Poniente agita
intermitente Otoño . . .
Mas . . . Mi Corazón aún se enraiza dentro el Sol
y siento que Mi Nombre se queda en mí, en los míos
Mujer de Mi Presente!*

III

SINGLADURA

*Mujer,
Mañana; cuando el vuelo de cóndores sea el
mismo,
sin copia en el relámpago de los ignotos ríos,
no olvides que te quiero.
Mañana: cuando el aire no sea ni el fantasma
de Música o Palabra, de Beso y de Suspiro,
no olvides que te quiero.
Mañana en el Silencio la Carne cantará
Espíritu en las vidas que dimos a la Vida:
Tu nombre: mío; el mío: tuyo; el Nuestro: de ellos,
el horizonte de hijos resurrección perpetua.
Mañana . . . Hoy mismo y Siempre,
no olvides que te quiero,
Mujer: mi nuevo mundo por siempre en mi Respiro,
Mujer: tierra y Raigambre, Germinación y Hogar
en mi Cúspide y Número
Mañana . . .
ya podemos mirarle Cara a Cara
a Dios en Nuestra Frente.*

Día de las Madres, Mayo 1958
Cuenca, Ecuador, S. Am.

A los Escritores de América

(En Rep. Amer.)

Los escritores que firmamos esta proclama, argentinos o residentes en la Argentina, nos dirigimos a nuestros colegas de América, para invitarlos a adherir al Encuentro Latinoamericano por la Amnistía de los Presos Políticos, a celebrarse en Buenos Aires los días 10, 11 y 12 de julio próximo.

Nos impele a formular este llamado a la solidaridad humana el hecho de que, en varios países del Continente, quienes luchan por obtener condiciones de comprensión y tolerancia para sus ideas e ideales, padecen el rigor de leyes opresivas y de persecuciones alevosas.

Tanto bajo los regímenes de gobierno francamente antidemocráticos, cuanto bajo los que encubren con el lema de "Libertad y Democracia" el despotismo y la opresión, hombres y mujeres viven atemorizados y cohibidos, proscritos sus derechos y amenazadas sus vidas. Esto no lo podemos callar.

En obras valientes, ustedes y nosotros hemos denunciado esos atropellos y vejámenes; con cruel fidelidad en dramas, ensayos y novelas hemos reflejado tanta penuria y oprobio; pero aunque se haya tocado la sensibilidad de quienes conviven y compadecen las desdichas de sus semejantes, aún no se ha creado la conciencia de que la imagen literaria sólo revela una realidad indignante, contra la que debemos combatir unidos. En defensa de los desamparados, que la demagogia convierte en fantasmas ideológicos, levantamos nuestra voz y pedimos la colaboración de los intelectuales de América. Es para mancomunar esfuerzos que acudimos a nuestros camaradas; para convertir la prédica individual en una cruzada humanitaria; para que los desheredados participen de los bienes de la libertad, la paz y el progreso.

Entendemos que nuestro deber es cooperar en la reestructuración de una sociedad mejor en un mundo sin enconos ni recelos; y pensamos que la conducta más directa y eficaz es extirpar

los métodos anacrónicos de censura y castigo. Ellos consisten hoy, como se percibe con evidencia, en desfigurar las victorias de la democracia política, social y económica, transformándolas en instrumentos de pavor que se infiltran insidiosamente en las instituciones libres. No son más nocivos, por cierto, los regímenes despóticos que aquellos que solapan el despotismo con la benignidad de las leyes, coartando por la fuerza y asimismo por los medios de difusión de la cultura, el trasplante a la vida real de las teorías. La persecución, el encarcelamiento y las torturas intimidatorias son, simplemente, sus manifestaciones groseras; el espíritu que sostiene tales prácticas inquisitoriales es el desdén por la vida ajena y por sus derechos a disfrutar de los bienes que otros crean con sus manos y su inteligencia. Sería la traición más ruin que se conciba, poner la inteligencia a merced de los que infunden el temor y el odio, y las manos al servicio de los que socavan los cimientos de la civilización.

Queremos que los escritores de América asuman la responsabilidad moral de sus obras; y estamos convencidos de que ello sólo puede realizarse si la buena voluntad y la generosidad, depositadas en el libro y el periódico, trascienden a los mayores núcleos de la población y calan hasta los estratos inferiores de la sociedad. Debemos, pues, contribuir a levantar el nivel de las masas, no sólo con las luces del intelecto sino también con la prueba efectiva de que trabajamos a su lado.

¡Por la dignidad y la justicia, escritores de América, unámonos!

Firman: Miguel Angel ASTURIAS - Ezequiel MARTINEZ ESTRADA - Leopoldo HURTADO - Gregorio SELSER - Germán BERDIALLS - Bernardo VERBITSKY - Alberto HIDALGO - Héctor P. AGOSTI - Raúl GONZALEZ TUÑON.

Buenos Aires, junio de 1958,

MAESTROS RECORDADOS

Enrique José Varona

Por Mario SANTA CRUZ

(En Rep. Amer.)



Dr. Enrique José Varona

La primera mañana que pasé en la Capital de Cuba se la dediqué al Maestro Enrique José Varona —el Patriarca de Camagüey, como lo llamó alguna vez Sanín Cano—. Había visto su dirección en *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica: Calle 8, No. 18 del Vedado, barrio residencial de la Habana. Tomé un forcito y después de recorrer el maravilloso «Malecón», el auto se adentró en bellas avenidas con árboles. A poco andar me encontré ante un *chalet* coqueto, con su migaja de jardín poblado de rosas.

El Maestro Varona, al que pasé mi tarjeta, me recibió inmediatamente. Apenas si pude examinar la salita a donde me condujo una criada: cuadros al óleo de firmas prestigiosas, tapices, *bibelots*, condecoraciones y diplomas académicos de Universidades de ambos mundos, discernidos al filósofo, a título de *honoris - causa*. Cuando le repito mi nombre, me recuerda como colaborador de *Repertorio Americano* y agrega: «qué diéramos aquí por tener un García Monge, diseminador de cultura». Empezamos a conversar. Como le digo que estoy en la Habana, de paso para Colombia, me formula preguntas sobre mi país. Advierto que le interesa todo lo que se relaciona con la juventud colombiana.

El Dr. Varona se refirió enseguida a los problemas cubanos. Me dió la impresión de estar desilusionado de todo cuanto le rodea. No me ocultó que la realidad de su patria no corresponde a sus ideales de gestor de la independencia de su país, porque mi interlocutor no se conforma con una patria a medias. No pretendió engañarme ni engañarse, como lo hizo, verbigracia, el Dr. Orestes Ferrara, quien cuando estaba a orillas del Potómac, con su casaca de embajador, pensaba distinto de cuando escribía en «*La Reforma Social*» de Nueva York. La conducta de este «condottiero», al que conocí en la Ciudad de México, me asqueó totalmente. Lamento el entusiasmo con que entonces hablé sobre él, quizá porque al hacerlo pensé más en el autor de «Maquiavelo» que en el diplomático entreguista.

Varona que por encima de todo era un maestro, se consolaba de su desencanto político absorbiéndose en su tarea magistral. «Cuando el presente está perdido —me dijo— hay que luchar por el advenimiento de un porvenir mejor. Desde hace muchos años esa es mi labor primordial. Tal vez logre así que mis nietos lleguen a poseer una patria de que puedan enorgullecerse».

Le observé cauteloso sobre la política del Presidente Machado. Se diría que hablar de él le resultaba vergonzoso ante un extranjero. Pero sus gestos me revelaron su pensamiento. Recuerdo esta frase restallante: «A mí no me satisface que el amo de Cuba sea cubano. Lo que me satisfaría es que Cuba no tuviese amo».

A pesar de su edad avanzada, nadie al verlo podría suponer que frisara entonces en los ochenta años, pues su postura era gallarda y fresco su rostro. Era más bien alto y vestía con británica puleritud. Paseando por Piccadilly, se le hubiera tomado por un lord... Trabajaba con entusiasmo, como cuando no había enarenado sobre su cabeza pensadora. Su lema era el de Emile Zola; *Nulla dies sine linea*.

Anoté como prueba de civilización el respeto de que vivió rodeado Varona. Grandes y pequeños hablaban de él con entusiasmo, con orgullo, como de un valor primordial de la tierra, mucho más precioso que la caña de azúcar o el tabaco.

Cuando me alistaba a salir de la casa del Maestro Varona, oí leve *frufu*, inquieto taconeó. Volví los ojos: bajaba por la escalera una bella joven. Sentí que al penetrar en la sala se iluminaba esta. El gran cubano, que adivinó mi asombro, me dijo entonces: «Es mi hija, mi secretaria, el bordón de mi vejez, mi mejor poema».

Carrera 14 A. No. 82 - 46
Bogotá, Colombia

REVISTA IBEROAMERICANA

Publicación dedicada
al estudio y a la difusión de las letras
iberoamericanas.

Director Literario:

Arturo Torres Rioseco.

Director Editor:

Alfredo A. Roggiano.

Pedidos a:

Marshall R. Nason,

Secretario Ejecutivo.

UNIVERSITY OF NEW MEXICO.

Albuquerque, New Mexico.

E. U. A.

PAGINA LIRICA

(En Rep. Amer.)

Quince sonetos a León David

(Envío de Enrique ESPINOZA, en Santiago de Chile)

"Parece que el cultivo de la crítica, máxime tomada seriamente, con espíritu filosófico y vasto caudal de lecturas, no debería conducir precisamente a la poesía sino, más bien, al desencanto.

Pero las vías de la literatura son inescrutables.

Y hé aquí que, de pronto, el árbol austero, de sólida madera y sombra patriarcal, un día se pone a echar inesperadamente, insólitos, casi clandestinos, hasta quince clarísimos botones, más uno de llapa: quince sonetos para León David, el hijo único, uno por cada año de su vida, otro por lo que tardaron en aparecer, dieciséis breves notas labradas, crónica de una infancia doméstica, unidas ya al episodio del cochecito azul, primer vehículo, ya al caballito del fundo lejano donde "todavía te veo vacilante/ sobre la alta montura con un pie/ y el otro en el estribo hacia adelante—. Con tu ponchito de color café . . ." Y la primera bicicleta, y el primer veraneo, y el trencito del Parque Cousiño "que parece salido de un museo/ por lo maravillosamente feo . . ." Todos los fastos de una existencia pueril, lenta, probablemente para el interesado, pero de seguro rápida y parecida a un juguete para sus padres, cruzan aquí sujetos como pueden, a veces, un poco de costilla, por los catorce versos, hasta en su dificultad transidos de ternura y que ilumina la sonrisa.

Cien ejemplares, edición privada, decoraciones de Amster, ¡qué regalo para bibliófilos futuros cuando ya Don León David peine canas famosas!"

ALONE, El Mercurio, Santiago de Chile, Julio 18 de 1957



León David

Diez sonetos como dedicatorias

A JOAQUIN GARCIA MONGE

¿Te acuerdas de tu beca de Santiago, de Santiago de Chile, compañero, cuando soñabas darte por entero a algún Convivio intelectual en pago?

El Repertorio Americano halago brinda contigo a medio mundo ibero, una vez que te vuelves misionero con no sé qué tenacidad de mago.

Cumples tu sueño en forma tan factible que añejas finalmente todo vino generoso en tu espíritu sensible.

*Deja, pues, que también aquí me es-
ponje
rememorando el paso santiaguino del joven Joaquín García Monge.*

A ARTURO CAPDEVILA

A los sonetos clásicos proclive desde los Doce Gozos lugonianos, te mando este montón de intentos vanos hasta con uno para ti inclusive.

*Cantor de los Romances del ¿Quién Vive?,
La Patria (de los puros veteranos),
quizá encuentres mis versos muy livia-
nos . . .*

¡Es cuanto del poeta sobrevive!

Sin duda en tu recuerdo estoy presente tal como por primera vez me viste bajo el signo de Leo, el año veinte.

Mi apasionada juventud te asiste ya en la Fiesta del Mundo ciertamente, cuando era nuestra tierra menos triste.

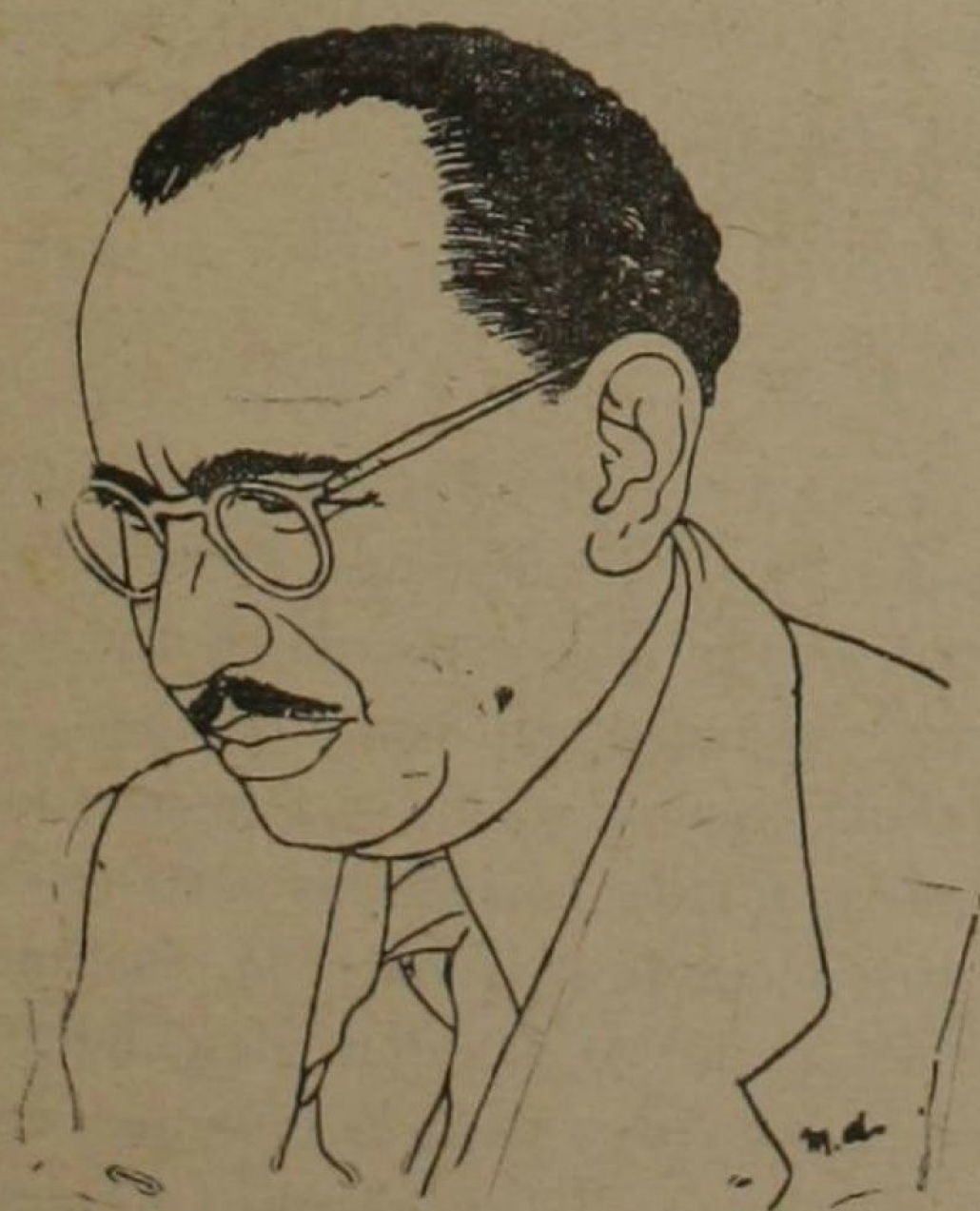
A RAFAEL ALBERTO ARRIETA

Deja una vez más que contigo gaste aquella vieja intimidad discreta de los que marchan a la misma meta sin detenerse ante ningún contraste.

Si una mano infantil tú interrogaste para escuchar su propia voz secreta, justo es, ¡oh Rafael Alberto Arrieta!, que tu abolengo en la ocasión me baste.

Dime ¿qué te sugiere mi chiquillo a través de las líneas manifestas del presente, doméstico librillo?

*Medio siglo de andar por tales fiestas tu vaticinio vuelve muy sencillo . . .
No bien puedas hacerlo, me contestas,*



Enrique Espinoza

Perra de cara noble, ojos vivaces, orejas puntiagudas, su tipo canino parece oscilar entre el elegante «colie» y el «policia» de nuestros meridianos. Una raya blanca deslindaba su cara llamada a asomarse, de paso, por lares sólo presentidos por el novelista o el científico.

Su preparación llevó muchos días. Hasta dejarla lista para el salto mortal hacia arriba, allá donde la inercia queda burlada, y, claro, no se le dijo itinerario ni estación de llegada. Pero el instinto de «Laika» se habrá adelantado y cuando fue colocada en su inverosímil expreso, sin duda sabía que la cosa era seria. Como fue...

Nosotros que tenemos debilidad por el perro nos parece el mejor animal del planeta. Así como suena. La historia de sus heroísmos en la paz y en la guerra, en la ciudad y en el campo, es tan larga y hermosa como la devoción que se les profesa. El perro es cátedra viviente de lealtad; igual en las nieves de los Alpes que al lado del rebaño inerme; o junto al ciego que guía con celo admirable, o en la casa urbana que cuida como suya.

Y del perro salvaje que aún existe en Africa y del coyote que horada la noche con aullidos destemplados, al can manso de nuestros hogares, hay una distancia mejor aprovechada por el cuadrúpedo, que la existente entre el hombre de Nanderthal y el sabio y apóstol doctor Schweitzer —a quien por algo ponemos como arquetipo del mejor varón de esta era—.

Acaso por eso, por el indeclinable amor a los perros, pensemos que no es sólo tierno romanticismo protestar por el sacrificio de Laika. No porque el experimento se haga con base de crueldad. O porque un fin que no sea alto guíe la mano del sabio. Pero, se preguntan por el ancho mundo no sólo los miembros de Sociedades Protectoras, es necesario echar mano del más querido animal que pisa la costra del planeta...? Hay muchos otros que merecen el viaje a las alturas. Cuyo organismo puede prestarse igualmente para el experimento. Y si se trata de salvajes y dañinos, la más modesta inyección los pone mansos y disponibles para hacer de ellos lo que venga en gana.

«Laika», de todos modos, es ya nombre inmortal. Lo recogerá la historia con más razón que el de muchos héroes de barro que ensangrentaron a

la especie. Ella ha muerto cercana al cielo, espiada por ángeles y arcángeles y alumbrado su velorio por ráfagas deslumbrantes de cometas.

Ha muerto en aras de un ideal del pobre hombre metiéndose en honduras científicas. Y si llegamos a la luna, como es de esperarse, «Laika» tendrá el primer monumento levantado por manos terrenas. O, al menos, una calle lunática.

El dueño de «Laika», uno de los sabios del experimento, la despidió con lágrimas. No quiso decirlo el país padrino de la audaz aventura porque hubiera revelado el fin trágico de la perra. Y lágrimas de sabio, además, deben permanecer secretas para no dar pábulo a mundanas interpretaciones en el viaje más espectacular llevado a cabo en los siglos de los siglos.

Lo que se antoja inexplicable, y «Laika» en su jaula férrea rodando alrededor del planeta es patética muestra, es el afán de conquistar otros mundos cuando apenas podemos con éste, al que un desliz lírico de cierto filósofo hizo decir que era el mejor de los posibles...

Si acá abajo vivimos con el alma en un hilo por amenazas bélicas, si los sucesos de Hungría no apagan sus ecos polémicos dentro de la izquierda resuelta a hablar con verdad, si un pedacito de tierra —Belice— crea discordias y alegatos, si en Argelia han muerto los patriotas como hormigas, y en Arkansas bayonetas federales tienen que acompañar a alumnos negros a clases; (si en el mismo México de Zapata y Cárdenas existen esas bayonetas en el Instituto Politécnico) y en Cuba... qué diablos anda haciendo el hombre en las alturas si acá abajo hay tanta tarea...? O la consigna,

como en el medioevo es elevar los ojos al cielo olvidando lo que pasa a ras de tierra...?

Pues alguien, con autoridad, acaba de decirlo: «Quien domine primero la luna será amo del mundo». Larguemos la última pregunta: ¿Se trata de buscar nuevos «amos» o de respetarnos todos para vivir en paz...?

El emblema inapagable de Juárez, o la pesadilla histórica que viene de Alejandro y que culminó trágicamente en un Berlín envuelto en llamas. Nosotros estaremos siempre con la verdad hiriente de nuestros Juárez y si el experimento de «Laika» ha de contradecirlo —supongamos, sin conceder— entonces estamos doblemente en contra de su sacrificio.

Filósofos y teólogos, científicos y poetas, militares y políticos, meditaron y meditan en la primera incursión de un ser viviente a zonas desconocidas. Y va a necesitarse pronto hallar otra imaginación mayor que la del venerable Verne, y quitar del blanco de la poesía a la amenazada luna. Pues sólo quien habite la niebla del trasnochismo le hará versos cuando sea Base ocupada por generales con cohete al cinto.

Pase lo que pase, fracase o triunfe el hombre en su ambición infinita, se alcancen nuevos mundos o caigan seculares castigos bíblicos, indudable es que el nombre de «Laika» jamás será olvidado. Y su rostro dormido a miles de kilómetros da el mayor lauro a la heroicidad canina, mientras acá abajo sigue la furia bárbara de unos contra otros salpicando al planeta de odios innumerables.

México, D. F., 1958.



Nicanor, antipoeta

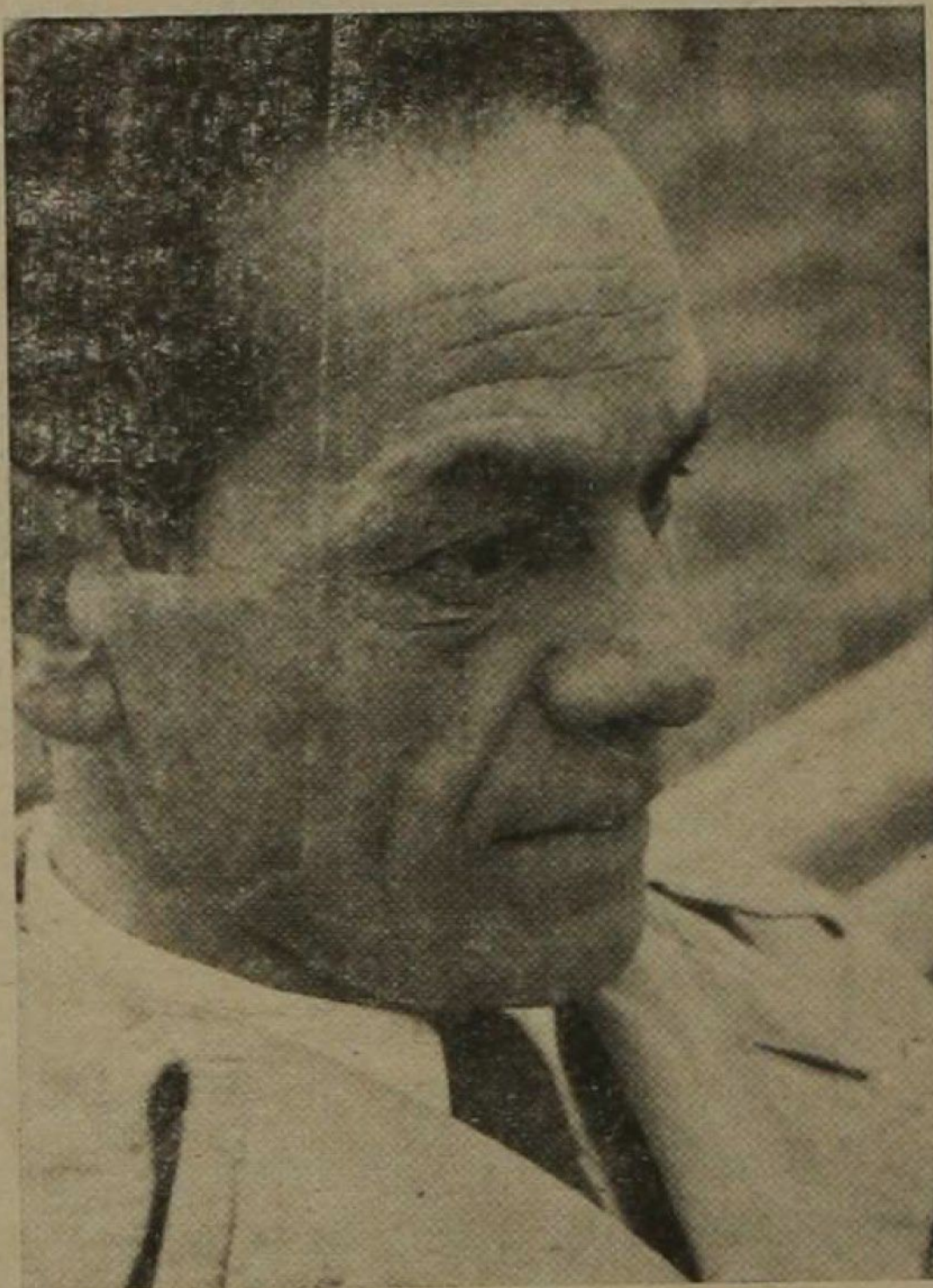
Por Hugo LINDO
(En Rep. Americano)

En *Altazor*, el incontenible venero de Vicente Huidobro hace que él, gran revolucionario de los recursos poéticos de su instante, se declare «antipoeta y mago». El término vendría a ser utilizado algunos años después, por otro creador (no creacionista, como Huidobro) a quien la historia literaria de Chile recogerá con honores. Su nombre, Nicanor Parra. Su libro, *Poemas y antipoemas*, que obtuviera primer premio en un certamen poético nacional patrocinado por el Sindicato de Escritores de Chile, y que fuera editado por Nascimento en 1954. Fuera de esta obra, anda buena cantidad de versos desperdigada en revistas de letras.

Nuestra intención no es hacer ahora una reseña bibliográfica, que ya resultaría trasnochada, sino la de entendernos con una labor y una técnica. En otros términos: queremos bucear en una obra, no en un libro. Mas no podemos enfrentarnos a la singular producción de este hombre, antes de conocerlo, porque hay en su estructura personal un cúmulo de contradicciones que en él se coordinan de muy sorpresiva y sorprendente manera. Lo cual hace de su poesía algo muy difícil de categorizar por simples medios literarios, e invita a recurrir a los psicológicos que resultan, en este caso, indispensables.

Eramos ya amigos, aunque no nos frecuentáramos mucho. Habíamos realizado juntos un viaje a Chillán, con motivo de unos cursos de invierno. Mas ha sido la presencia temporal de Fernando Alegría la que, otorgándonos muy favorables y frecuentes oportunidades de conversación, me ha permitido adentrarme un tanto —al menos, así lo creo— en el complejo, agradable e imprevisible personaje que se llama Nicanor Parra, poeta y antipoeta.

Hago de inmediato la presentación: su cabeza, como para tentación del escultor, totalmente «construida», con planos de indiscutible consistencia plástica, alberga, nadie sabe cómo, una aterradora cantidad de símbolos de altas matemáticas, aprendidos inicialmente en el Instituto Pedagógico de Chile, y ampliados, enriquecidos y remachados, en universidades británicas. Todo lo cual hace de Nicanor, un catedrático de Mecánica Racional en actual ejercicio pedagógico . . .



Nicanor Parra
(Foto de Hugo Lindo).

Al lado de este tipo de conocimientos, o de esta dimensión intelectual, coexisten otros tres importantes factores en la misma caja craneana: un noble deseo de justicia social, derivado hacia las posiciones filosóficas del materialismo histórico; una viril modestia de fondo y de expresión, y una fina socarronería, que algo tiene de criollo y no poco de inglés. Total: un «gentleman» semi-comunista; un matemático de veleidades líricas; un humorista respetuoso . . . Y si el lector quiere agregar a este balance unas dos o tres antítesis más, de su cuenta lo dejo, que, a mi ver, bien caben en la personalidad de Nicanor Parra.

Señaladas ya estas características, advertimos fácilmente que de ellas surge como fruto natural, una quinta: la cortesía, producto de inteligencia, de convivencia y de continencia. Y tales son las notas de su poesía.

Por de pronto, el matemático se le asoma a cada instante. Y no sólo por el rigor rítmico, ya dentro de la forma endecasílabo o en verso de mayor libertad, sino por otra cosa más importante: por la manera de sacar conclusiones, de trazar imágenes, de articular elementos dentro de una sola ecuación que revela, antes que otra cosa, agudeza mental. Es un poeta intelectual. El lo sabe y no lo niega. Los valores afectivos no son frecuentes en su poesía, y, cuando se dan, otórganse con evidente y voluntaria limitación. El autor pone cerco a la vehemencia y le señala sus límites. Casi diría que se avergüenza de sus debilidades sentimentales, y entonces da el brillante salto, un poco a lo «tony», hacia la burla melancólica o la postura chaplinesca:

*Una vez andando
por un parque inglés
con un angelorum
sin querer me hallé.*

*Buenos días, dijo.
Yo le contesté,
él en castellano,
pero yo en francés.*

*Dites moi, don angel,
comment va monsieur.
El me dió la mano,
yo le tomé el pie:
Hay que ver, señores
cómo un ángel es!*

La tesitura matemática deliberada, es más otensible en algunos de sus antipoemas, como en el *Solo para piano*, en donde el planteamiento remeda uno de esos largos sorites de que se sirve el álgebra: si tal cosa es así y tal otra de tal modo, síguese que . . . Aquí están los versos iniciales del citado antipoema:

*Ya que la vida del hombre no es sino una acción a distancia,
un poco de espuma que brilla en el interior de un vaso;
ya que los árboles no son sino muebles que se agitan:
no son sino sillas y mesas en movimiento perpétuo;
ya que nosotros mismos no somos más que seres
(como el dios mismo no es otra cosa que dios)
ya que no hablamos para ser escuchados
sino para que los demás hablen
y el eco es anterior a las voces que lo producen . . .»*

(De Palabras a Tomás Lago)

La posición dialéctica, da a Nicanor Parra un sentido de búsqueda. Si todo está fluyendo en el ir de los días, y los conceptos se modifican y cambian las realidades, las necesidades, las motivaciones, los gustos, ¿cómo asumir la inmovilidad estatutaria y señalar a la poesía un definitivo *non plus ultra*? Y luego... si nos sentimos partícipes de una inquietud social y popular, ¿cómo no buscar en las fuentes mismas de la nacionalidad, punto de partida y meta digna de la aventura lírica? . . . Exacto: he aquí que este «gentleman» que dijimos, halla en los veneros populares y en su lenguaje coloquial, libre de afeites, una razón merecedora del poema o del antipoema:

*Te ví por primera vez en Chillán
en una sala llena de sillas y de mesas
a unos pasos de la tumba de tu padre.
Tú comías un pollo frío,
a grandes sorbos hacías sonar una
botella de vino.*

(De Palabras a Tomás Lago)

A través de esa expresión conscientemente desnuda, el ojo analítico puede encontrar muchas cosas: severidad verbal casi ascética; repudio del cosmético y el caramelo literarios; preferencia por la sencilla ropa de trabajo frente a los trajes de etiqueta, y una contenida y piadosa ironía hacia los poemas contruidos a punta de calificativos engolados que se rebuscan en los diccionarios de la rima. Es lo que arriba señalábamos como una modestia de fondo y de expresión, que en Nicanor Parra podría simbolizarse con el doble signo de la silla y la mesa, tan reiterado en sus producciones.

De su incorregible socarronería, son muestra todos los poemas del libro y los publicados en revistas. Incluso en los de mayor condición humana, hay una tangencia irónica. *Hay un día feliz*, canto de refinada emoción, corta la inercia afectiva con un «ay de mí, ay de mí!», colocado entre los versos precisamente para «sabotear» la ternura. Lo mismo ocurre en *Es olvido*:

*Juro que no recuerdo ni su nombre,
mas moriré llamandola María
no por simple capricho de poeta:
por su aspecto de plaza de provincia.*

Y si vamos a versos más nuevos, también nos hallaremos con ese duende simpático, travieso, que se entretiene en malabarismos de ingenio cuando estamos ya proclives a la lágrima:

*¿Mis relaciones con la religión?
- Atravesé la cordillera a pie
disfrazado de fraile capuchino
transformando ratones en palomas.*

Yo no sé hasta qué punto la obra de Nicanor Parra sea propiamente poética. En esta materia, cada uno suele tener sus personales pareceres. Sí estoy de acuerdo con él en que la tarea del artista no estriba en la repetición de fórmulas, sino en la creación permanente, y que esto lleva al ensayo y la aventura, no siempre comprendidos y acatados por las generaciones actuales. Mucho de esto queda librado a la palabra del futuro. Mas cualquiera que sea nuestra visión propia, no podemos cerrar los oídos a ciertos testimonios . . .

Dice, por ejemplo, Pablo Neruda: «Esta poesía es una delicia de oro matutino o un fruto consumado en las tinieblas. Como lo mande el poeta Nicanor nos dejará impregnados de frescura o de estrellas».

En una entrevista que no ha mucho hiciera en París Juan del Real a Francis de Miomandre, éste se expresó en los términos siguientes: «... el poeta Nicanor Parra es desde todo punto de vista maravilloso, y, en algunos poemas, simplemente sublime».

Y el escritor sueco Arthur Lundkvist —traductor, a su lengua, de Neruda y de García Lorca— asienta en su libro *El continente volcánico*, estos párrafos que hemos de trasladar completos:

«Entre los poetas algo más jóvenes (que Neruda) aparece Nicanor Parra como una figura de primera línea. Es parco, pero orgánico y efectivo en su lírica, además de ser uno de los intelectuales más influyentes de Santiago. El título de su libro, *Poemas y antipoemas*, define acertadamente el carácter de su poesía: cultiva un diáfano romanticismo de la naturaleza a la vez que una poesía compleja, negra y contradictoria. En un comienzo rendía culto a una poesía de balada, con motivos folklóricos, con marcada influencia lorquiana, género del cual se aleja hoy decididamente.

«Con sus antipoemas, Parra ha introducido algo nuevo en la poesía chilena: una expresión poética a base de ásperos prosaísmos, efectos psicológicos sorpresivos, fragmentación extraña de experiencias inmediatas. Es una poesía de dinamitero, desesperadamente anárquica, que irrumpe a través de todo lo que es rutinario, reduciendo a polvo la mentira piadosa y las fórmulas de consuelo, desprovistas de significado, para desembocar en la nada o en el meollo de una sólida realidad.

«Parra aparece escindido entre sus raíces chilenas autóctonas y su lucidez intelectual de gran ciudad. Hay indicios que revelan su esfuerzo por edificar una superestructura, una especie de síntesis entre su poesía más lírica y sus negros *antipoemas*».

Frente a testimonios tales, uno tiene que inclinar sus particulares preferencias, seguro como está de que sus opiniones no son las únicas ni tienen por qué ser las mejores. Uno se desorienta con frecuencia ante la versatilidad de las formas poéticas, y con mayor razón cuando estas son manejadas por manos de un prestidigitador alucinado.

Cuando quise indagar la idea sustancial que Nicanor Parra tiene de la poesía, me respondieron simultáneamente los contradictorios Nicanores; mas primero la voz del «tony»: «Poesía —me dijo— es todo aquello que puede ser recitado con voz de cura» . . .

Empero, se equivocaría quien pretendiese ver en el *antipoema* una simple e intrascendente payasada, una luminosa cabriola. El *antipoema* —que, por definición, no podrá recitarse clericalmente— es una protesta contra la sensiblería y la melosidad, como sustancia y forma en decadencia. Pero es, al par, la torturada búsqueda de un nuevo *qué* y un nuevo *cómo* dentro de las posibilidades de creación lírica.

A comienzos de este año, en un encuentro de escritores patrocinado por la Universidad de Concepción, Nicanor Parra perfiló por primera vez algunos conceptos sobre el *antipoema*, diciendo de él: «... El *antipoema*, a la postre, no es otra cosa que el poema tradicional, enriquecido con la savia surrealista —surrealismo criollo e como queráis llamarlo—, y debe ser resuelto desde el punto de vista psicológico y social del país y del continente a que pertenecemos, para que pueda ser considerado como un verdadero ideal poético. Falta por demostrar que el hijo del matrimonio del día y la noche, celebrado en el ámbito del antipoema, no es una nueva forma de crepúsculo, sino un nuevo tipo de amanecer poético».

Así lo esperamos. La poesía, como un mar, se entrega en la historia por oleadas, y cuando una onda llega, parece para dar paso a otra. Pero el océano de belleza es siempre el mismo.

Hugo LINDO

Santiago de Chile,
Enero de 1958.



QUE HORA ES...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Rumbos de la Cultura.

La Literatura Infantil

Por Agustín NIETO CABALLERO

(En *El Tiempo* de Bogotá, Febrero 16 de 1958).

II

La psicología del niño ha hecho en el presente siglo prodigiosos avances, y a este progreso se debe en parte el auge de la literatura infantil. Pero este auge es debido también al espíritu comercial que invade los mercados de los grandes consumidores.

Cómo duele ver que esta disposición innata de los niños a dejarse impresionar sea explotada por mentes irresponsables —quizá enfermizas— para llevar al sentimiento infantil las nociones que empañaron la mente de los adultos. Esas revistas que exhiben en ilustraciones truculentas y con una literatura de arrabal, las más bajas pasiones de los hombres; esas revistas que son una lección viviente de todo lo que hay de perverso en el alma humana y en las que el hilo conductor de cada relato es una sucesión de falsías y de crímenes; esas revistas cuyos autores y editores debieran ser cabeza de proceso en un juicio de justísima reivindicación social, son el pan de cada día de millares de niños.

Penetraron subrepticamente en un principio en las ciudades y recorrieron calles y plazas en manos de vendedores ambulantes que hacían este y otros comercios semejantes, en forma clandestina. Pero hoy son ofrecidas al gran público en despliegue ostentoso de vitrinas elegantes, lo mismo que en baratillos de barrio. Las autoridades y los padres de familia ven indiferentes la invasión de esta plaga que día a día toma mayores proporciones. Bajo su flamante carátula de colores llamativos son mercancía averiada. Sólo faltaría ahora que, como se ha hecho con las bebidas embriagantes, tomaran las rentas departamentales a su cargo la propagación de estas publicaciones, que, a no dudarlo, serían otra fuente de ingreso cuantioso.

Por lo que hace a los padres de familia no parece que se hayan dado cuenta de que la niñez es en la vida del hombre la época de la siembra. Las primeras lecturas dejan huella indeleble. Cuando llegan otras impresiones, la placa, como se ha dicho, está ya usada. No es pues indiferente el que en la mente y en el corazón del niño plantemos semillas de bondad o de maldad. Hay ciertamente una mayor gravedad en atentar contra la integridad espiritual y moral de un niño que contra su propia existencia, pero el atentado contra la vida produce enérgica protesta colectiva, y, cuando no existe la impunidad, lo castiga inflexiblemente la Ley. Empero, ante los otros atentados, la autoridad y la sociedad, como lo vemos, permanecen indiferentes. Con sobrada razón ha dicho alguien que es horrendo crimen escribir un mal libro, porque es como soltar un malhechor que se va por los caminos, asaltando, indistintamente, hombres, mujeres y niños, sobre todo niños.

Los padres creen cumplir con su deber cuando dan al niño techo, alimentación y vestido, y confían su educación a un colegio. ¿Pero cuidan ellos de las malsanas influencias que le vienen de la calle? ¿No caen en la cuenta de que estas mismas revistas que encierran un veneno letal penetran ya a diario en el seno del hogar, y que esta cátedra de violencia, de vulgaridad y de irrespeto por los grandes valores normativos de la vida ejerce acción cotidiana en la formación ética del niño y del adolescente?

Las madres, nos dice el autor de «Nos livres l'enfants ont menti», se preocupan de la esterilización de la leche que tomarán los infantes, pero no piensan en la infección que pueden traer para el espíritu ciertas lecturas. Por fortuna en las mentes sanas exis-

ten también los anticuerpos que montan la defensa contra las dañadas influencias que vienen de fuera. Sin embargo no siempre hallan esas defensas en acción. «No dejo que mis hijos jueguen con pólvora, ni siquiera en las vísperas de Navidad», le oímos decir en estos días a una madre. Pero señora, en esas mismas vísperas leían los chicos truculencias que son más peligrosas que la pólvora.

Cuentos, cuentos malsanos, sin un grano de poesía, relatos de malandrines, «gangsters» y asesinos! La insensatez y el mal gusto —cuando no el espanto— hacen su aparición en cada página. Cuántos choques afectivos, cuántos traumatismos espirituales, cuántos desarreglos que perdurarán de por vida, causados por esas lecturas en las que cuajó la estupidez irresponsable. Los pequeños que presenciaron los horrores de la violencia no pueden distraerse ciertamente con los cuentos de Calleja. Y con todo, es nuestro deber ver de borrar u opacar en su memoria, hasta donde ello se alcance, esas imágenes de terror.

Habría que repetir incansablemente que los libros y revistas de escenas horripilantes o vulgares deforman el criterio del niño. Relatos de asaltos y de crímenes... Con los que publican los diarios cada día —profusamente ilustrados— es suficiente.

Al lado de toda esa escoria —Dios sea loado— existen los cuentos que son como una música de encantadora resonancia para el oído infantil. Son joyas de la literatura de todos los tiempos que transportan al pequeño lector, como por arte de magia, al reino de la fantasía. Lo inverosímil se hace real, los castillos se pueblan de seres maravillosos, los animales y las cosas hablan, los tapetes encantados vuelan, la flauta mágica convierte los deseos en realidades; lo inanimado toma vida, las leyes físicas se hacen inoperantes, lo invisible se torna visible, y lo visible invisible; las distancias no existen; se va al fondo del mar por caminos de ensueño, y se vuela de un planeta a otro como lo hacen las aves de una a otra rama.

No vemos que haya ningún mal en estos fuegos de artificio que son el alimento predilecto de la imaginación. Así como cuando el niño monta a caballo en un bastón, y le golpea con el látigo para que vaya más de prisa, no procedemos a detenerlo para explicar-

le que está en un error y que esa cabalgadura de su loca invención no tiene vida, y no es un animal sino un trozo de madera inerte, así tampoco hemos de intentar detener la lectura del libro que lo embelesa, para centrar su atención sobre las leyes de Newton y de Galileo o para hablarle de las características diferenciales de los tres reinos de la naturaleza. Las ásperas realidades de la vida reclaman, precisamente, como un lenitivo, el reino de la fantasía. Sin contar con que los grandes imaginativos son los que han realizado, los más extraordinarios descubrimientos.

El niño, por otra parte, se da plena cuenta de la diferencia que existe entre la ficción y la realidad. Cuando monta sobre el palo de la escoba, y caracolea y relincha como un caballo; cuando anima y vivifica las cosas y hace hablar a los animales y a los objetos; cuando entabla un diálogo con su muñeco de trapo, hace un juego de imaginación que no lo aparta por lo tanto de la realidad. En apariencia el animismo del primitivo renace en él, pero hay un mundo que lo envuelve bien diferente del de sus remotos abuelos.

La imaginación debió de jugar papel principalísimo desde la aparición del hombre sobre la tierra. Los niños, siglos antes que los adultos, volaron de un continente a otro y llegaron a otros planetas. El espíritu de aventura fue un talismán desde la infancia de la humanidad.

Y qué vida la que toman los personajes creados por la imaginación! Nos recuerda Jesualdo en su documentada obra que cuando Ponson du Terrail resolvió ponerle fin a su héroe se organizó una imponente manifestación para que lo resucitara, y así tuvo que hacerlo. Vale sin embargo anotar de paso que son los libros que pudiéramos denominar de aventura científica, como los de Julio Verne y Wells los que cautivan hoy primordialmente a quienes logran sobrepasar el atractivo de los comics. «Ciencia Ficción» les hace una extensa competencia a los Cuentos de Brujas.

Las bellas láminas en colores de todo cuanto se publica ahora en un verdadero derroche de técnica tipográfica son un admirable complemento silencioso de cada obra. Hablan a los ojos y no al oído, pero lo hacen con la mayor elocuencia,

Hemos de atrevernos a decir ahora que la literatura infantil no ha sido siempre afortunada en su aspecto de formación espiritual. Muchos de los cuentos más famosos que le han dado la vuelta al mundo traducidos al idioma de cada pueblo, no dejan, por lo general enseñanzas muy edificantes, como veremos adelante, pero por el momento descartemos, desde luego, aquellas historietas de moraleja que tanto fastidian a los niños. Los niños no gustan de sermones. La moraleja, cuando en verdad es profunda y saludable está implícita en el relato que se hace, y jamás necesita de ser expresada en antipáticas sentencias pedagógicas. Cuando en un cuento en el que se pone de manifiesto la fealdad de la mentira, pongamos por caso, se concluye con la sentencia: «Luego el niño no debe decir mentiras», se pierde todo el efecto intrínseco que el relato encierra. La belleza de las parábolas de Jesús está precisamente en que la íntima verdad escondida que contienen no se declara sino se sugiere.

Y qué decir de esa literatura que pudiéramos llamar lacrimosa, esa literatura saturada de lloriqueos que se inicia con algunas obras maestras que tienen como personaje central la figura de un niño desgraciado. «Sans Famille» de Hécator Mallet, «Le Petit Chose», de Daudet, «Jaime Vintrax», de Julio Vallés, «David Copperfield», de Dickens, «Una Niña Pobre», de Maxene Vender Meerch? El genio del escritor salva la obra, pero ay! de los imitadores! De aquellos que nos dan esos relatos dulzarrones y pegajosos como el papel enmelado que sirve para atrapar insectos, tan semejantes a las canciones plañideras que se oyen por la radio, y que sólo consiguen deformar el gusto y falsificar la vida.

A veces, en uno y otro caso, se toma una obra de arte, y se hace de ella un esperpento. Se da así el paso imperceptible que va de lo sublime a lo ridículo. El adulto, cuando goza de buen humor, ríe de la insensata falsificación; pero el niño cae en las redes del vulgar engaño, y su mente queda teñida por él. Lloro el escritor, llora el cantante, mientras la gente ya formada no puede contener la risa. De las lágrimas a la carcajada puede sólo mediar una frase, una fugaz actitud, una nota en el tono de la voz. Sólo que el niño no alcanza a advertir estas distancias, y su criterio es la víctima del atentado.

Decíamos que no todos los cuentos dedicados a la infancia son recomendables. En efecto los hay del todo inadecuados para la sensibilidad infantil. Algunos son tan crueles que han sufrido variantes que atenúan esa crueldad. La misma Caperucita Roja no muere ahora en el vientre del lobo como acontecía en el cuento original. Un leñador sorprende a la fiera mientras hace la siesta de su banquete, y liberta a la chiquilla colocando en su lugar dos grandes piedras. El Lobo despierta, siente una sed devoradora, corre al pozo vecino, y al inclinarse para beber, las piedras le hacen perder el equilibrio. . . . Cae y se ahoga. Esta versión transforma en alegría

Cuadernos Americanos

Apartado Postal 965
México, D. F., México

Estos libros interesantes:

Antonio Castro Leal: <i>Juan Ruiz de Alarcón</i>	Dóls. \$ 1.00
Juan Larrea: <i>Rendición de Espíritu I y II</i> , cada uno	1.00
Eduardo Villaseñor: <i>Ensayos Interamericanos</i>	
Emilio Prados: <i>Jardín Cerrado</i>	1.00
Rodolfo Usigli: <i>Corona de Sombra</i>	1.50
Sara de Ibáñez: <i>Pastoral</i>	0.50
Gustavo Valcárcel: <i>La Prisión</i>	1.50
Gustavo Valcárcel: <i>La Agonía del Perú</i>	0.50
Miguel Alvarez Acosta: <i>Muro blanco en Roca Negra</i> . Novela Premio <i>El Nacional</i>	2.00
Miguel Alvarez Acosta: <i>Nave de Rosas Antiguas</i> (Poemas)	2.00
Fernando Benítez: <i>China a la vista</i>	2.00
José Tiquet: <i>Sangre de Lejania</i>	1.20
Margarita Paz Paredes: <i>Dimensión del Silencio</i>	1.20
Germán Pardo García: <i>Acto Poético</i>	1.50
German Pardo García: <i>U. Z. Llama al Espacio</i>	1.50
Lucila Velásquez: <i>Poesía resistente</i>	\$ 8.00
Luis Sánchez Pontón: <i>Azulejos y Campanas</i> . Poemas	11.00
Luis Cardoza y Aragón: <i>La Revolución Guatemalteca</i>	10.00
Fernando Alegría: <i>El poeta que se volvió gusano y otras historias verdaderas</i>	4.75
Griselda Alvarez: <i>Cementerio de Pájaros</i>	4.75
<i>Poesía de América</i> , N° 3, Año IV	3.00
Juan Larrea: <i>Razón de Ser</i>	11.00
Juan Larrea: <i>La Espada de la Paloma</i>	\$ 22.00
Germán Pardo García: <i>Eternidad del ruiñeñor</i>	10.00
Vicente Magdaleno: <i>Ascensión a la tierra</i>	\$ 6.50

Solicítelos a Cuadernos Americanos. México), D. F.); o a Rep. Americano. (San José, Costa Rica).

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
Editor
En Costa Rica:
Susc. anual: ₡18.00

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBERO-AMERICANA

... "y concebí una federación de ideas." —E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. —José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", —repitió Sarmiento.
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera. —Bolívar.

Exterior:
Suscripción anual:
\$ 5 dólares
Giro bancario
cobrable en los
EE. UU.

¡NO pasarán!

Por Blanca Lydia TREJO
(En Rep. Amer.)

Quiénes vivimos, quiénes participamos en ese inmenso trozo de historia que fue la revolución española, sabemos cuánto significaba el nombre del Gral. Miaja en aquellos momentos cruciales. ¡Cuánta fe inspiraba su austeridad!

Llovía fuego del cielo, rugía la metralla, las bombas menudeaban por todas partes. Se estremecía Madrid, los incendios se multiplicaban, los gritos de espanto, los ayes de los heridos, los pavorosos silbidos de las ambulancias, el aire hediondo a polvo, el humo en negros penachos poniendo sombras más densas en la oscuridad, y en medio de esa visión dantesca, el nombre de Miaja fulgía como una estrella de esperanza, contra toda esperanza.

Las mujeres al par que los hombres exclamaban, como un reto: «NO pasarán». . . Ellas no querían dejar su Madrid, hubo que desalojarlas por la fuerza. . . mientras Machado, como patriarca bíblico exclamaba:

*«Madrid, Madrid, qué bien tu nombre suena,
rompe olas de todas las Españas,
la tierra se desgaja, el cielo truena,
y tú sonríes con plomo en las entrañas».*

¡No pasarán! . . . Sigue siendo un grito de guerra mientras existan hombres dignos sobre la faz de la tierra. No pasarán impunes, las injusticias, no pasarán a nuestros hijos, las crueles herencias de un pasado de incompreensión, de traiciones, de crueldades, de explotaciones . . . Y, ajustando a ese sentir honroso la vida misma, tenemos en México la verdadera España, la heroica, siempre en lucha contra de una anquilosada aristocracia embrutecida y ebria de poder.

¡Miaja! nombre que se conjugaba en todos los fuegos, en todos los frentes, en todos los triunfos y todos los fracasos.

—Que si los leales se apoderaron de Villa Franca . . . —y la mujer que gritaba iba dejando por la acera, los olores de yerba buena de su cesta.

—Guadalajara ha sido recuperada... —y el periódico era arrebatado de todas las manos en la retaguardia.

Bajo una luna de intensa luz verde-azul, Barcelona servía de blanco a los torpedos que venían del mar. Tan sorprendidos eran que resultaban peor que los bombardeos de la aviación . . . Muertos, heridos, mutilados, el pueblo se desangraba por su libertad.

¡Miaja! . . . ¡Qué de recuerdos me trae su nombre! Había que pronunciarlo para no desfallecer. Con frecuencia, mientras las brigadas de salvamento —en las que me enrolé para ayudar al pueblo español— trabajábamos sacando a los heridos debajo los escombros, la aviación enemiga volvía con su metralla pasando muy bajito, disparando contra de las brigadas. Había que meterse inmediatamente bajo los promontorios de tierra o cubrirse con los muertos. ¡Qué horrible es la muerte cuando se le ve la cara tan cerca! Ese carnet que me abría todas las puertas con tanto respeto y cariño, aún lo guardo como un tesoro, como uno de los recuerdos más gratos a mi conciencia. «Brigadas de salvamento y descombramiento de bombardeos». Una de nuestras obligaciones era también, la de cuidar de los intereses de las víctimas. Rescatar lo más que se podía para hacer menos dura aquella hambre, aquella miseria, aquel dolor inmenso de los cuerpos y las almas, sin techo, sin pan, sin alcanzar una migaja de misericordia de un mundo que comerciaba con el dolor de España . . . Bueno, ¿y por qué todo esto? ¡Ah, es que Miaja, ahora está estrechamente unido a la tierra de México. Su nombre me hizo ver esta página del pasado que él llenó con su lealtad a la República Española. ¡Miaja! . . . Ha muerto un gran español, pero vive un símbolo.

México, D. F., 1958.

MI LIBRO DE COSTURA

Por

Celia Carrillo de García Monge

30 años de práctica en la costura.
250 páginas de texto y numerosos dibujos.

El tomo empastado: ₡ 25.00

Para el exterior: \$ 5 (Dóls.)

Tel.: 3754

Correos: Letra X

San José de Costa Rica

REVISTA IBERO AMERICANA

Directores:

Julio Jiménez Rueda
Francisco Monterde
Fernando Alegría

Secretaría:

Box 60, Univ. of New Mexico
U. S. A.

Agencia del

Repertorio Americano

en Londres

B. F. Stevens & Brown, Ltda.

New Ruskin House,

28-30 Little Russell Street, W. C1

London, England